

que había sentido al leer *La amortajada* en su juventud. Esa novela de una mujer muerta, narrada desde el punto de vista de la muerte, puede haberlo ayudado a descubrir esa voz narrativa peculiar, única, que utilizó en *Pedro Páramo*.

Conocí a Juan Rulfo en una comida exuberante y bulliciosa en Isla Negra, en casa de Pablo Neruda, por el mes de septiembre de 1969, en una época en que nosotros también podíamos darnos el lujo de organizar congresos de escritores. Creo que Rulfo era la figura más silenciosa en medio de todo ese bullicio y esa alegría. Después, en diversos encuentros, me dio siempre la impresión de un escritor que se había cansado de inventar y que se refugiaba en los estudios antropológicos, en el examen científico de esas *comunidades indígenas* que antes había descrito mejor que nadie por medio de la invención literaria. Esos estudios, por otra parte, le permitían recoger leyendas, historias, relatos, que eran literatura pura, literatura en estado bruto.

Rulfo no había escrito demasiadas páginas de ficción, pero en esas páginas, al fin y al cabo, había una síntesis creativa extraordinaria. Probablemente sintió que para él no era necesario y ni siquiera posible escribir más. El silencio de Rulfo era uno de los fenómenos culturales nuestros, un silencio más significativo que la fecundidad o la fecundia de muchos otros. Había asimilado algo del sentido hispánico de la muerte y le había añadido un ingrediente que provenía, quizás, de los cultos fúnebres mexicanos. Además, la revolución vista de soslayo, desde una extraña perspectiva marginal, tenía algo que ver con las fiestas de los muertos. El final de fiesta consistía en que todo, en definitiva, resultaba recuperado por la tierra poderosa: "y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras..."

por Ricardo Lagos



La responsabilidad de la Oposición

El país observa con incredulidad el espectáculo político. Por una parte existe un gobierno cuyo principal y casi único apoyo son los propios militares, los funcionarios públicos uniformados y que, sin embargo, insulta al Jefe de la Iglesia Católica de Santiago, inventa cifras que "prueban" la mejora de la calidad de la vida de la mayoría de los chilenos y tiene la pretensión, desmesurada de hablar de su propia continuidad, incluso más allá de 1989, todo en medio del mayor desastre económico, político y social.

Por otra parte existe la vasta mayoría de chilenos y chilenas que se oponen a la dictadura, que quiere que Chile sea una democracia cada vez más profunda, de acuerdo a lo mejor de las tradiciones nacionales. Esta mayoría opositora se expresa políticamente en la Alianza Democrática, el Bloque Socialista y el Movimiento Democrático Popular. Sin embargo, estos conglomerados no han logrado hasta hoy unir a los chilenos en una verdadera Oposición nacional.

Nosotros, en el Partido Socialista hemos vivido directamente las dificultades del proceso político en los últimos años. Hemos impulsado a unos y a otros para intentar superar todos estos conflictos y hemos señalado la necesidad de un diálogo amplio, abierto y franco entre la Oposición chilena sin que nadie imponga sus puntos de vista y entre todos alcancemos una posición de consenso. Ahora la Alianza Democrática tiene ante sí la decisión de resolver si desea o no mantener un diálogo con todas las fuerzas políticas. Si este conglomerado del cual formo parte, no está dispuesto a tener un diálogo amplio, quiere decir que no está a la altura de las circunstancias que el país le reclama.

Junto con tener un diálogo con todos, hay que hacer una propuesta al país. Es indispensable proponer al país un conjunto de medidas socioeconómicas que den cuenta de las necesidades del que hoy está desempleado, de aquél que ha visto mermar su sueldo o su salario, de aquél que ve los

reajustes de sus dividendos hipotecarios aumentar mes a mes y que se encuentra en la imposibilidad de mantener su casa propia, de aquel comerciante que ve que sus ventas disminuyen y de aquel transportista que ve que la carga para transportar y poder pagar su camión cada día es menor. Se hace entonces indispensable que las direcciones políticas estén acordadas en un conjunto de principios para terminar con la exclusión de una buena parte de la sociedad chilena, para lograr una participación de todos en la reconstrucción del país y para resolver también los problemas más apremiantes que tienen hoy los chilenos. Esto es lo que estamos planteando al país a través de un Pacto o Acuerdo Nacional para restablecer la Justicia Social entre los chilenos.

El drama del país, lo hemos dicho muchas veces, no es tarea para un grupo, para un partido o para un conglomerado, es tarea de todos los chilenos y nadie debe ser excluido. Un pacto de esta naturaleza —que es la contraparte del Acuerdo Nacional ya suscrito y que pretende complementarlo en lo económico— tiene que estar abierto a todos, especialmente a las organizaciones sociales para que ellas también participen en su redacción, porque son las que más tienen que aportar. Esa es la tarea del momento y ella tiene que ser abordada entre todos y con urgencia. Esperamos que en la AD exista grandeza para llegar a todos con este mensaje.

Por lo dicho los próximos días van a ser decisivos para que la Oposición esté en condiciones de proponer un proyecto de reemplazo al país con grandeza, sin pequeñeces, sin imposiciones de sectores que se creen redentores por auto-proclamación. Que así como el 85 a través del Acuerdo Nacional se logró avanzar, ahora a través de este **Pacto por la Justicia Social** complementemos aquello que iniciamos el año pasado. De esa manera estaremos avanzando en la dirección correcta. Las cúpulas políticas deben estar a la altura de lo que el país espera y requiere de ellas.